

Los cien días de Alan

Nicolás Lynch

Alan García ha logrado lo que no tuvo Toledo un “estado de gracia” en el que no lo alcanzan las críticas ni se le pegan los problemas. Ya le dura tres meses y es posible que se prolongue por varios más. En este tiempo ha destacado su indudable manejo de la escena política que sin llegar a los excesos del personalismo anterior le permite una rápida reacción frente a los problemas y deja en claro su liderazgo en diversos campos. Esta capacidad de manejo gubernamental no puede sino destacar frente a la incapacidad del presidente anterior que rápidamente lo hizo objeto de la burla pública.

El factor decisivo es que no cuenta con oposición, ni social ni política, con la que tenga siquiera que intercambiar argumentos. La ausencia de oposición está determinada por tres factores: la inexistencia electoral de la izquierda, agravada por el aislamiento de Ollanta Humala, la cooptación hasta el escándalo de la derecha política a la que ha entregado grandes áreas del Estado y el apoyo de la mayoría de los medios que no permiten ni el más mínimo rasguño del mandatario.

Es más, un suceso como las elecciones locales y regionales, a poco más de dos semanas de distancia, no parecen ser un hecho de mayor preocupación política para el mandatario que no espera grandes victorias ni terribles derrotas de las mismas. Y no se trata de que esté confiado en la fuerza que trae su partido del éxito en las últimas elecciones generales sino que la ausencia de competencia política real en el país hace que en el mejor de los casos estas elecciones expresen dinámicas locales o regionales con escasa capacidad de influencia, al menos inmediata, en la escena nacional.

En términos ajedrecísticos la cosa marcha bien para Alan García. Nadie tiene posibilidades de tocar su Presidencia y él mantiene la iniciativa política. Es más, en lo inmediato quizás cuente con un poder que pierda con el tiempo: cualquiera que se levante y le discuta algo corre el riesgo de ser ninguneado o quizás rápidamente aislado y dejado fuera de juego.

La interrogante, sin embargo, es si estamos avanzando en la solución de los problemas fundamentales que nos dejó la dictadura fujimorista y que, a la postre, el toledismo mantuvo intocados. Lo mejor sería decir que no hay todavía una respuesta definitiva pero tampoco parece haber espacio para ser optimistas. Hasta ahora lo que tenemos es continuismo económico y constitucional, además de un renovado esfuerzo por arreglar con gerencia los problemas sociales heredados. ¿Será ello posible, desligar las políticas sociales del continuismo económico y la misma estructura constitucional? La experiencia parece indicar lo contrario, pero en ese esfuerzo se encuentra empeñado nuestro Presidente.

Es verdad que los programas están para muchos definitivamente pasados de moda. El público suele preferir políticas sectoriales relativamente coherentes o, a lo sumo, algunas medidas eficaces que aunque sea parezca que le solucionen sus problemas. Este es el caso en los sectores de Relaciones Exteriores y Defensa, donde hay titulares que saben lo que hacen. Sin embargo, tal es la multitud de cartas en desconcierto en otras áreas del gobierno que no estaría mal el señalamiento de algunas prioridades en campos fundamentales que no fueran la retahíla de preceptos del FMI para manejar la economía peruana. No podemos negar que cuando el Presidente sale en la televisión suele salir bien y coherente, pero sería mejor que avanzara

también algunos objetivos a cumplir en el plazo de cinco años y con el financiamiento respectivo.

Sería terrible que pasáramos del Presidente de la esperanza traicionada que fue Alejandro Toledo al Presidente de la resignación que podría terminar siendo Alan García.